

## ¿MÁS ALLÁ DE LA ACCIÓN Y DE LA CONTEMPLACIÓN?<sup>104</sup>

¿Es posible este más allá para un cristiano? La pregunta se plantea a menudo hoy. La respuesta puede ser afirmativa siempre que se conozca el significado cristiano de la acción y de la contemplación: entonces las vemos fundirse en una misteriosa unidad en la cual se reabsorben esos aspectos distintos. Pero la respuesta debería ser firmemente negativa si se tratara, en ese más allá, de dejar detrás de sí una de las realidades en causa, considerándola como sobrepasada: en nuestro mundo que apunta únicamente hacia la acción, evidentemente sería la contemplación la que sufriría esta suerte.

Debemos entonces partir de ella para ver cómo se armoniza con la acción, cómo nutre interiormente la acción en su seno. Nuestro primer párrafo se limitará a recordar algunas verdades elementales que todo cristiano debería conocer, pero que muchos de ellos parecen haber olvidado.

### I - El sentido de la contemplación cristiana

Es inútil pelearse sobre las palabras. Así podemos conceder sin más que el origen de la palabra “contemplación” no es semítico sino griego y que traduce la tendencia del alma helénica a contemplar la esencia inmutable de las cosas a través del mundo perecedero del fenómeno. Pero se tendrá cuidado para no confundir unilateralmente semejante contemplación que penetra hasta la esencia (“la idea”) con una visión dualista del universo. Platón distingue ciertamente los dos aspectos de la realidad, pero nadie ha puesto más de relieve que él su unidad (pensemos en su concepción del Estado y en la grandiosa actitud activa de éste). De la misma manera que en los platónicos, la tendencia a la contemplación se encuentra en los aristotélicos y en los estoicos, a quienes nadie puede acusar de dualismo en su concepción del mundo. Esa misma mirada que contempla la esencia a partir de los fenómenos se encuentra en las más grandes figuras de la historia del pensamiento: citemos, por ejemplo, a Goethe, completamente opuesto también a todo dualismo “del carozo y de la corteza”, en los pensadores judíos tales como Filón, Spinoza, Husserl, el padre de la fenomenología.

Pero debemos considerar, ante todo, el hecho de que la realidad de la “contemplación” (no la palabra)<sup>105</sup> se halle en su verdadero lugar más profundamente en el medio vetero-testamentario que en el mundo griego. Pues allí donde la libertad personal soberana de Dios está en el origen de todas las cosas, allí donde, en consecuencia, la creación posee una no-necesidad última y toma en el “todo de Dios” (cf. *Si* 43,27) un lugar apenas determinable, el acto espiritual fundamental de la criatura se convierte en una pura acogida de sí misma, en el asombro más profundo ante el hecho de su existencia, ante el hecho de que Dios se ha dignado, de manera incomprensible, llamarla al ser. El contemplativo griego no tenía ni la menor sospecha de un acto semejante: para Platón, en efecto, las almas existen desde siempre y para siempre. Y el pretendido dualismo entre la esencia y la apariencia es neutralizado (en el *Timeo* y *Las Leyes*) por un monismo en el cual dioses y hombres son arrastrados en una única y misma ronda armoniosa.

El hombre bíblico, por el contrario, no puede considerar en ningún momento como que cae de su peso o como (“definitivamente”) dado, el hecho de que él exista, y mucho menos todavía que

<sup>104</sup> Traducido de *Vie Consacrée*, marzo-abril 1973. Tradujo: Hna. M. E. S., osb. Uruguay.

<sup>105</sup> Cfr. *La prière contemplative*, Desclée De Brouwer, 1959; nueva ed. Paris, Fayard, 1972.

el Dios eterno, libre y personal lo interpele.

Cuando los profetas, con su perpetuo “Escucha Israel”, van contra el olvido de la Palabra por parte del Pueblo, se oponen a una actitud que cree estar ya enterada, precisamente en aquello en que uno debería, sin cesar, dejarse informar de nuevo por la Causa primera. Todo lo que Israel emprende por su propia iniciativa, sin consultar a Yahvé, es siempre erróneo, pues “vuestros pensamientos no son mis pensamientos, y mis caminos no son vuestros caminos, oráculo de Yahvé” (*Is* 55,8). Para asegurarse de cuáles son los pensamientos y deseos de Dios existen medios manifiestos: recurrir al profeta, interrogar al oráculo, pero también “meditar la Ley del Señor día y noche”, para que, “plantado a la orilla del río divino”, se alcancen en la acción “los frutos esperados” (cf. *Sal* 1,2 ss.; 63,7; 77,13; 119; 143,5). La palabra de Dios -y ella incluye siempre también su acción, su grandiosa y misericordiosa actividad en favor de su pueblo- es lo que el creyente pone incesantemente ante sus ojos, lo que tiene presente cuando actúa para perseverar en los caminos de Dios.

Cuando pasamos al Nuevo Testamento, los medios externos de asegurarse de la palabra divina se vuelven superfluos pues ahora ella, esa Palabra de Dios (“que vosotros no conocéis”, *Jn* 1,26) vive entre nosotros y cumple la antigua promesa: derrama el Espíritu de Dios en nuestros corazones. De esta doble manera, la actitud del hombre hacia el Dios que se revela y se comunica a sí mismo, alcanza su acabamiento. Ciertamente, en la Antigua Alianza, ese Dios se había dado a conocer como una Persona libre y autónoma, sin embargo, la naturaleza divina y la naturaleza humana habían permanecido estrictamente separadas: aquí, “toda carne pasa como la hierba”; allí, “la Palabra de Dios permanece para siempre”.

Ahora el Verbo de Dios se ha hecho carne y lo incomprendible -lo que ninguna teología “comprenderá” jamás- se produce: nos hacemos “partícipes de la naturaleza divina” (*2 P* 1,4), es decir, de una naturaleza que no es de ningún modo la nuestra, sino que somos introducidos en su intimidad por el Hijo que se nos distribuye en la Eucaristía y por el Espíritu divino que nos es concedido.

No se trata solamente de un “algo”, de un contenido nocional que nos sería revelado por Dios y que podríamos incorporar al tesoro de nuestros conocimientos. Dios es al mismo tiempo el ser absoluto y la personalidad absoluta: es lo uno y lo otro como amor absoluto de la Trinidad una: él es quien se nos vuelve accesible en el don que nos hace el Hijo, cuando nos dejamos “transferir” (*Col* 1,13) real y personalmente en él. ¡Qué inversión de nuestros pensamientos y de nuestros hábitos, cada día y a cada instante, supone el pasar así de la esfera de las simples criaturas a la de los sentimientos de Dios!

Fe, esperanza, caridad: este es el eco que emerge en nuestra conciencia de la vida divina que está en nosotros: a nosotros nos toca dejar que esta pura resonancia se amplifique hasta convertirse en la nota culminante de nuestra vida.

Pero este crecimiento no consiste solamente en sacar las consecuencias prácticas de lo que ya sabíamos en teoría; consiste en dar lugar en nosotros a la acción viviente de Dios (de la cual ninguna teoría puede transmitir un “concepto” adecuado). Una comparación aclarará esto: un amigo os invita a alojarse en su casa, os enseña vuestra habitación; para sentirlos lo más rápido posible “en casa” en esta novedad, acogéis esta palabra y lo que os da y os impregnáis de la atmósfera que ella revela.

Semejante actitud, ¿es contemplativa o activa? La pregunta es tanto más turbadora cuanto que -para continuar la comparación- no somos invitados a casa de cualquier amigo, sino por el Amor eterno. En sus dones, éste no nos da testimonio “del amor”, sino que nos revela propiamente el amor en su esencia, ese amor en virtud del cual toda persona y toda cosa finita pueden convertirse en dignas de amor, ese amor que -porque es en sí mismo Personalidad una y triple- no desempeña el papel de un principio neutro, manteniéndose en el último plano, sin proyectar

sobre todo nada más que una luz indirecta: no, este amor requiere ser amado en persona y reconocido como tal en sus dones. Sin duda, semejante amor que obra y da sin cesar, nos invita a una participación en el don, pero solamente somos capaces de ella si amamos al Amor que se da. Esto requiere una actitud de acogida, de consentimiento al ser, de contemplación, que no será sobrepasada jamás. Si la vida divina no nos fuera dada más que en un pálido reflejo, se podría probar que tal contemplación es ociosa e imposible. Pero como cristianos, realmente vemos al mismo sol en el rayo (el Hijo encarnado): “Quien me ve, ve al Padre” (*Jn 14,9*). Y lo que nos hace capaces de ver es la vida divina en nosotros, el Espíritu Santo.

## II - Recibir la palabra para hacerla

El Verbo de Dios es enviado al mundo para obrar en él. Pero no se separa de aquel que lo envía para cumplir allí, casi espontáneamente y sin el Padre, una misión recibida y comprendida de una vez para siempre. *Jn 5,19* nos muestra que el Hijo no puede hacer nada por sí mismo y no es capaz de realizar sino lo que ve hacer al Padre. Esa mirada contemplativa sobre el obrar del Padre es la raíz de la acción conjunta del Hijo: lo que hace el Padre, lo hace igualmente el Hijo y de la misma manera, no en dos acciones distintas, sino en una sola: el Padre obra en el Hijo. Y no podemos ignorar el fundamento de este hecho: el Padre ama al Hijo y le muestra todo lo que hace. La revelación del obrar del Padre al Hijo que le contempla es amor. Este amor es el que contempla el Hijo: contemplando lo que se le muestra, es arrastrado en un mismo e idéntico obrar. El Hijo no contempla entonces a un Dios replegado sobre su propia felicidad, que reposa en la inacción, tampoco a una “idea” platónica, ni “al pensamiento que se piensa” de los aristotélicos, sino a un Padre que revela su amor por su actividad. El es en efecto el que ama tanto al mundo que le ha entregado a su Hijo. El Hijo contempla este amor del Padre al mismo tiempo que se aprehende como aquél que está dispuesto para el don de sí mismo y que coopera a ese don ratificándolo. Lo que el Hijo ve es la invitación permanente del Padre a comprometerse hasta el fin en favor del mundo. Lo que cumple en su vida oculta, su vida pública y su pasión, es fruto de esta visión original.

Para nosotros de aquí se desprende inmediatamente<sup>106</sup> que somos invitados a colaborar, contemplando en la fe la acción salvífica de Dios en Cristo, pero también que somos incapaces de hacer nada por nosotros mismos: debemos volver nuestra mirada hacia lo que se nos muestra, para no llevar a cabo nuestros propios y vanos planes sino para asentir al obrar de Dios. La contemplación cristiana no encuentra el amor de Dios más que en el compromiso de éste para con el mundo; pero este compromiso no es un compromiso cualquiera (hoy se diría “categorial”), sino el hecho del amor de Dios mismo, absoluto y “trascendental”. Aquel que, en este compromiso, no viera transparentarse la misma Fuente eterna de amor, digna de amor no sólo en razón de su actividad sino en sí misma y por sí misma, éste no habría arrojado sobre Dios una mirada cristiana. Más aún, habría sometido a los fines del mundo al Amor que no tiene otro fin que él mismo, y ese trastocamiento del orden -querer a Dios en vistas del mundo- se venga muy pronto conduciendo a un completo ateísmo.

Pero, ¿acaso la fe no nos orienta, si se puede decir así, a no pegarnos sin cesar a las faldas del Verbo, para volvernos al fin adultos en un obrar responsable? La alternativa es falsa, como lo ha mostrado el ejemplo del mismo Jesús. Para un cristiano no existe un “haber escuchado antes” la Palabra que no deba prolongarse en una audición actual. No sucede aquí como en la homilía dominical: uno la ha escuchado y quizás ha tomado a pecho aquello de lo que puede, durante la semana, sacar consecuencias. Pues no obramos al lado o fuera de Cristo, sino como sus miembros, movidos por la Cabeza. Cuando ese miembro es una persona (como en el caso del cristiano), este acuerdo se convierte en un acto personal. Que se dé actualmente o constituya una disposición habitual, este acuerdo debe estar incluido en la base misma del obrar cristiano: los hijos de Dios están bajo la “conducción” del Espíritu de Dios (*Rm 8,14*). Evidentemente, esta

---

<sup>106</sup> Cfr. *In Gottes Einsatz Leben* (Vivir en el compromiso de Dios), Einsiedeln, Johannes-Verlag, 1971.

conducción no significa en absoluto una pasividad inactiva, sino más bien una disponibilidad de tal modo abierta que está atenta a cualquier signo, aun el más inesperado.

La palabra que Dios nos dirige como directiva para nuestra actividad, esa Palabra que se llama Jesucristo, debe primero ser “sufrida” antes de que su Compromiso pueda convertirse en el nuestro. “*Pati Deum*” (sufrir a Dios), decían los griegos cuando se trataba de una experiencia inmediata de la divinidad; “*pati Verbum*”, pueden decir los cristianos cuando abren lo más íntimo de su espíritu para recibir allí la “simiente de Dios” (1 Jn 3,9). En esto María sigue siendo el modelo: disponibilidad activo-pasiva a la Palabra en su totalidad, sin sospechar cómo, con su consentimiento, se desarrollaría en ella.

### III - El sufrimiento del Verbo como acto decisivo

Nuestro obrar es cristianamente fecundo en la medida en que se origina en la Palabra divina operante. “Yo obro, pero no soy yo, sino que es Cristo quien obra en mí”, podemos decir parafraseando la expresión de Pablo conforme a su sentido. La actuación intramundana es siempre limitada, aun los actos exteriores de Cristo lo eran. Pero esta finitud es sobrepasada a partir de la Fuente operante. Dios no se compromete en el mundo de manera finita y limitada sino de manera absoluta. Y esto se verifica ya en las acciones limitadas de la vida de Jesús. Un ciego es curado: en comparación con todos aquellos que siguen siendo ciegos no es casi nada. Pero en el compromiso divino están comprendidos todos, todos son alcanzados. En lo que no es apenas más que una parábola, la Verdad está presente. ¿Cómo es posible esto? Porque la disponibilidad de Jesús para un compromiso según la voluntad del Padre es tan ilimitada como esta misma voluntad. No existe otra manera, para una criatura que no puede hacer valer ningún título, de llegar a ser coextensiva con el compromiso divino. Y el Padre hace estallar la finitud de toda acción posible conduciendo al Hijo a la Pasión. Por ella, Dios hace posible en Jesús aquello de lo que es incapaz la sola humanidad: la ceguera de todos los pecadores es puesta sobre sus espaldas a fin de que ellos recuperen la vista. La Cruz como sufrimiento es la acción más eficaz, activa aun cuando la acción humana más cargada de amor, lejos de irradiar todavía, no produzca sino un mayor endurecimiento: “¡Que muera este hombre!”.

Esta es la razón por la cual la acción se puede cumplir en la pasión: la contemplación que (como disponibilidad a la voluntad de Dios en su totalidad), es el fundamento de toda acción cristiana, hace cruzar las fronteras de esta acción y llena todo su campo con su disponibilidad para acoger la acción divina. Ahora bien, ésta es siempre mayor que la acción terrestre visible, y ese más, si existe, hace que la acción sea cristiana. Esta disponibilidad (que Ignacio llama “indiferencia”) es la más perfecta realización ético-religiosa del hombre: preparación activa del espíritu y de todo el hombre para la no-resistencia a Dios. Donde se alcanza esta disponibilidad, Dios puede, cuando quiere, encargar al hombre de su acción más allá de las capacidades humanas: entonces el hombre realiza literalmente más de lo que puede. De ese más de la disponibilidad contemplativa parte una línea a vuelo de pájaro (por encima de todas las montañas y los valles de la acción intramundana) hacia la pasión cristiana: en ella se desarrolla plenamente el germen activo y fructuoso incluso en la disponibilidad.

En estas condiciones comprendemos por qué esa participación en la cruz que, desde san Juan de la Cruz, se llama “la noche oscura del alma”, está reservada principalmente a las vocaciones puramente contemplativas. Dios retira de las disipaciones y las ilusiones de la actividad humana a aquel a quien quiere introducir más adentro en la imitación de la cruz, para reservárselo al mismo tiempo como material de pura disponibilidad para el camino de la pasión. No se trata únicamente de la introducción en la noche oscura -caso relativamente raro-, mientras que las oscuridades variadas son el lote de todas las vocaciones contemplativas. Se trata, también, en la vocación contemplativa, de un afinamiento cada vez más puro de la disponibilidad hacia Dios, principio propio, ya lo hemos notado, de la fecundidad cristiana: disponibilidad ardiente para ser utilizada y consumida por la salvación y la liberación del mundo, disponibilidad que se va a

traducir necesariamente en ofrenda personal, en oración que es don de sí. Teresa de Lisieux había reconocido que esta oración, cuando es la expresión auténtica de una disponibilidad ilimitada, brota “en el corazón de la Iglesia” y se inserta en ella en la fecundidad y el poder activo inagotables del sí marial; y que esta oración, como un motor en lo más íntimo del ser, comunica su fecundidad ilimitada a todas las acciones exteriores de la Iglesia. No es cuestión de disminuir en nada esta experiencia de Teresa. Esta disponibilidad orante es, de manera potencial y muy a menudo, en una cierta medida de manera actual, la cruz, y, por esto mismo, el “compromiso” más serio de la Iglesia para con el mundo.

No se trata de ninguna manera de que este compromiso dispense de los compromisos terrestres efectivos tales como los promueven las “obras de misericordia corporales”. En los estrechos límites de su convento, Teresa había captado todas las ocasiones de ejercer un amor efectivo al prójimo, según la enseñanza de su “caminito” (damos por descontado que, también en la vida contemplativa, debe haber lugar para una cierta actividad humana).

Los cristianos en el mundo, a su vez, deben preguntarse de qué modo pueden comprometer su vida de la manera más eficaz al servicio del prójimo. Pero, si su fe es viva, perciben que les falta algo esencial cuando no se mantiene en ellos, en el murmullo confuso del mundo, el puro “point d’orgue” que, como lo enseña la experiencia, debe resonar de nuevo, sin cesar, en la oración y la disponibilidad renovada para Dios. Esta es la razón por la cual se debe introducir, quizás más a menudo, una “pausa contemplativa”, en la acción.

De este modo, acción y contemplación se enlazan de múltiples maneras. Para un cristiano no son adecuadamente separables la una de la otra. En efecto, la disponibilidad atenta, receptiva, abierta, es el fundamento de toda acción y ésta debe tender a sobrepasarse en una forma de actividad más profunda que -como pasión- es la misma acción de Dios en el hombre llevado más allá de sus límites. En consecuencia, la vida cristiana está siempre más allá de esos dos aspectos que, precisamente, no se completan desde el exterior, sino que se compenetran interiormente.

Aquel que no comprende a la Iglesia más que a un nivel sociológico, no puede captar esta compenetración. Será llevado, en consecuencia, a medir la acción cristiana según sus resultados temporales. Pero semejante Iglesia no es el Cuerpo de Cristo. La Iglesia está fundada ejemplarmente en la casa de Nazareth, donde el sí de la Virgen fue pura disponibilidad (contemplación) para el más vasto resultado (acción) y la permanencia eterna.